

ba también a la obra de Torga esa bóveda demiúrgica, esa galería de héroes primordiales salidos de la tempestad telúrica genésica.

«¡Tierra!», dice Santa Teresa. Antes del tiempo estaban en su interior los primeros hombres que crearon el tiempo. En la *costra del cuerpo de la Iberia* —*viejas rocas* indican aún las cicatrices del parto.

Cabe, finalmente, aclarar al lector que esta edición de Pilar Vázquez Cuesta aporta dieciocho Notas de información histórica relativas a situaciones y personajes presentes en los *Poemas Ibéricos* y, posiblemente, poco familiares al público castellano hablante. Les sigue una Cronología biográfica de Torga, quizá la más interesante y completa publicada hasta ahora.

En el suplemento dedicado a la Bibliografía del autor, Pilar Vázquez Cuesta incluye todas las traducciones castellanas, totales o parciales, de su obra. En cuanto a los trabajos sobre la vida y obra de Miguel Torga, Pilar Vázquez Cuesta sólo indica los «estudios que constituyen un volumen completo» y, en cuanto al resto, remite al lector al Suplemento de *Biblios* 10/Coimbra/1979 y al trabajo *Miguel Torga (Ensaio biobibliofotográfico)* de José de Melo, Aveiro/1983 (ambos, obviamente, ya incompletos).

Optando por mantener las composiciones en su tonalidad formal primitiva (quizá más en la rima que en el ritmo), la traducción de Pilar Vázquez Cuesta resulta profundamente elaborada.

Fernão de Magalhães Gonçalves

Análisis del discurso del análisis

Cierta vez, en broma (nada hay tan serio como una broma) Tomás Segovia dijo que el psicoanálisis estaba vivo porque era una religión. Ya sabemos que identificar lo religioso es muy sencillo: se trata de considerar lo Otro como un absoluto. Lo que no resulta tan sencillo es identificar el contenido de lo Otro. En México, se han reunido unos psicoanalistas para considerar el discurso del psicoanálisis en tanto lo Otro es el inconsciente, entrando y saliendo del círculo mágico de su práctica, es decir intentando razonarla profanamente. El resultado es el reading *El discurso del psicoanálisis*, a cargo de Néstor Braunstein (Siglo XXI, México, 1986, 190 páginas).

Desacralizar el psicoanálisis consiste en mirarlo desde fuera después de conocerlo desde dentro. Hacer, en cierto modo, lo que el psicoanalista hace con el discurso del anali-

zando. Seguir en una espiral dialéctica (o cadena significativa, por elegir la figura lacaniana) donde no hay metalenguaje porque todo es una suerte de escisión interna del lenguaje por medio de una metaforización continua de significados. Resbalón semántico, danza sobre el hielo, metalenguaje encerrado en el lenguaje.

Me parece que hay aquí un hallazgo importante: se trata de que el psicoanálisis es un discurso interminable que se apoya en otro discurso interminable, sin pretensiones de palabra autorizante ni originalidad. En el origen del psicoanálisis no está él mismo, está el otro, o sea la universalidad fantástica del discurso.

Como se ve, este retrato robot nada tiene que ver con el psicoanálisis institucional, en que Freud es el fundador y se trata de descifrar su palabra auténtica, a la vez que el sanador de almas dispone de una taxonomía de las enfermedades mentales y de un infalible arsenal de medicinas para acabar con ellas y devolver al sujeto su perdida salud, es decir un balance armonioso de su economía mental.

Nuestros psicoanalistas, reunidos en torno a ciertas categorías lacanianas, intentan un razonamiento opuesto: el psicoanálisis se ocupa de un sujeto supuesto, que dice sin saber que es un efecto del decir, y cuyo deseo, del cual también es una configuración intensa y pasajera (como la música) se dirige a un objeto imposible. No hay correlato entre el querer y la elocución, entre el deseo y lo deseado. En los intersticios que diseñan estos desencuentros se instala el lenguaje, afirmándose en un suelo movable, bajo el cual hay un vacío silencioso.

Tales trucos son buenos también para cierta beatería lacanista, no sé si alimentada o combatida por el mismo Lacan (tampoco acertaría a afirmar si Freud fundó una masonería de *medicine men* o una academia de desesperados). Hace poco, en Madrid, asistimos a un relato del profesor Miller, hijo político (¡y tan político!) de Lacan, quien nos contó las sucesivas iluminaciones en el camino de perfección de este nuevo Santiago que hacía de su andar un camino.

Este hermetismo crea un discurso lleno de cautelas, que cansa al profano y lo aleja de su cerca. Se queda en discurso para iniciados, que no necesitan obras, pues la fe les basta, y también en propiedad privada de los grados superiores, que determinan quiénes y cuándo llegarán a compartir los abracadabras.

Nada de esto, afortunadamente, se encontrará en este libro. He aquí un discurso para laicos, para forasteros, para pajueranos. Un discurso que intenta mostrar, nada menos, que el psicoanálisis integra el universo del discurso y no es un discurso universal por sí mismo. Que se puede leer y aún aprovechar desde fuera. Y que no parte ni llega a ningún modelo antropológico de verdad ni de salud, sino que trabaja en una tarea de significancia interminable, que bien podríamos llamar la historia.

Por ejemplo: Nasio (p. 47) y Braunstein (p. 97) intentan mostrar que el sujeto supuesto del psicoanálisis es el sujeto trascendental de la estética kantiana y que el complejo de Edipo está mejor explicado en Hegel que en Freud, por lo cual la historia hace de Hegel un antepasado de Freud y de éste, el destino de aquél, siendo que ambos, en la anécdota de la historia germánica del XIX, se ignoraron, por razones obvias y distintas.

Freud ya admitió, a veces explícitamente y otras, de modo oblicuo, que pertenecía

a una historia del discurso en que ya habían dicho lo suyo Platón, Goethe, Schopenhauer y Dostoievski, por ejemplo. Buena parte de sus teorías son relecturas de teorías inmediatas, como hacen estos psicoanalistas con los textos lacanianos y freudianos. Freud releyó a Charcot, a Reinach, a Lebon, a Tarde, por no citar las incontables fuentes literarias de su casuística, desde Sófocles hasta Thomas Mann.

Acaso, el mayor mérito epistemológico de Freud haya sido el intentar una lógica del discurso que sacara la psicología de la doble tentación que la desgarraba en la segunda mitad del XIX: hundirse en la oscuridad del alma y convertirse en una filosofía del abismo (el paradigma romántico) o construir una química del alma (modelo positivista). Personalmente, Freud era un sabio aficionadillo a la literatura, que pensaba como un darwinista y se entusiasmaba como un romántico. El espacio de transición es el lenguaje: se trata de aplicar a él un razonamiento químico (la descomposición por medio del análisis), sabiendo que la superficie de la palabra se monta sobre un espacio inaccesible (inconsciente) que, por lo mismo, produce el efecto de infinitud propio de la dicción imposible.

Lacan, por su parte, nos propone la siguiente paradoja: todas las tareas específicas del hombre son imposibles y el psicoanálisis, si sabe algo, no lo sabe de antemano. Quien lo ignora es el deseo, y esta ignorancia le permite seguir deseando y mantenerse vivo. Algo de lo que hacen las religiones: empujar hacia lo Otro, sabiendo que esa Alteridad Absoluta tiene un núcleo inefable, precisamente por ser sagrado.

La palabra no alcanza nunca un significado definitivo, ni el querer atina a circunscribir los límites de su objeto, ni lo que pedimos al otro lo tiene el otro, ni lo que nos piden lo tenemos nosotros, el sujeto es un mero quiasmo de palabras y la realidad es inaccesible. No sabemos lo que queremos y lo que sabemos no nos resulta deseable. Ahora bien: estos desencuentros diseñan caminos a los cuales es posible aplicar cierta inteligibilidad, a costa de cuestionarla incesantemente, es decir de no otorgarle nunca el Estatuto de la Verdad que inmoviliza el mundo en una homeostasis final.

Porque la muerte también está invitada a la fiesta. No sólo porque es el modelo de todos los límites, de lo discreto y mensurable, del «límite de clase» y la «entrada prohibida», sino porque es la fantasía de satisfacción total, que sólo es posible al dejar de desear, que es el morir. No los placeres, que siempre incitan a ser nuevamente satisfechos, sino el goce, la totalidad del disfrute que exige un objeto infinito, es decir mortífero. El *höchste Lust* que canta Isolda al morir.

De cuanto vengo divagando queda bastante claro que el psicoanálisis ha logrado escapar al peligro de convertirse en una ciencia, es decir en la religión del experimento y de la regla. Es un discurso abierto que proclama su necesidad de constantes aperturas y que, por ello, se parece más al discurso de la literatura, saber de lo incierto y significancia ufana y provisoria.

Me pregunto si, en otro plano, podría considerarse que el psicoanálisis es una ética. Esto lo insinúa Arruabarrena (p. 140). No me refiero a una ética posicional, ética de facto que consistiría, simplemente, en decir: «Es bueno analizarse». Menos aún el definir la relación clínica como un vínculo simbólico entre un acreedor y un deudor, lo cual se grafica en el pago de la sesión (tema censurado por la teoría, ejemplo al caso

de que el psicoanálisis tiene, en su misma contextura, un almacén de anfractuosidades, de ésas que detecta en el mundo de las almas ajenas).

No. Me refiero a la meditación del psicoanálisis acerca del pecado original, es decir de la deuda simbólica que todo hombre tiene hacia los demás. La vida se nos impone por violencia: existimos porque a alguien se le ocurre que debemos existir, no porque lo decidamos nosotros. La vida se nos impone como un deber: debemos la vida. Y, puesto que ella es mortal, debemos también la muerte. Como decían los gauchos de aquél que había matado. Al querer vivir esta vida mortal, queremos morir y tenemos el deber de hacerlo.

Esta doblez del deseo (Eros es Tánatos) puede constituirse en punto de partida de una ética psicoanalítica. No me refiero a una ética concreta y preceptiva, a un código ético, a un repertorio de buenas maneras, buenas palabras y buenos sentimientos, sino a una investigación acerca de la «naturaleza» ética del hombre, ya que sabemos que el hombre es el único animal que es moral por naturaleza.

¿Qué tiene que ver el deseo con el bien? ¿Qué decimos cuando juzgamos que algo es bueno, es decir, qué deseamos decir al expresar ese *désir*? ¿Es la selección equívoca de objetos que practica el deseo un acto ético, puesto que escoger es desdeñar, o sea valorar? ¿En qué espacio del querer se sitúan los valores hacia los cuales se encamina un deseo que no sabe lo que quiere?

Cuando digo: quiero volver a donde nunca estuve, quiero llegar a ninguna parte, quiero decir lo indecible, quiero ser lo imposible, también diseño unos mandatos éticos, que me definen por la impertinencia entre deseo y objeto. Tal vez sea llegado el momento de pensar en esta moral de lo impracticable, que genera tantas prácticas, de este bien que todos queremos y que realizamos tan mal. Si el hombre es un animal imposible, ahondar en sus imposibilidades es humanizarse cada vez más, intensificar su ser, mejorar su *eidos*. Sí, el psicoanálisis, aunque no sea una moral, es una ética. Si no fuera más que para fundar esta conclusión, bastaría el mérito de este reading: señalar una nueva tarea a la ya centenaria costumbre de escuchar y descifrar.

Blas Matamoro

Revisión de Salvador Rueda

Si se tiene en cuenta la relevancia que tuvo en su día la obra poética de Salvador Rueda, el olvido que sobre ella ha recaído puede parecer sorprendente. Pero si se examina con más atención la circunstancia, el hecho resulta perfectamente explicable, en coherencia con los usos y los modos de nuestra vida literaria. En ella es normal el repetir